

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.
PRECIOS
DE LA
SUSCRICION:
UN PESO AL MES EN LA HABANA
y 30 rs. fcs.
POR TRIMESTRES ADELANTADOS
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION
y Administracion
RICLA, NUM. 88
A DONDE
SE
DIRIGIRAN
TODAS LAS COMUNICACIONES
y reclamaciones.
EL NUMERO SUELTO SE VENDE
EN LA ADMINISTRACION
A DOS REALES FTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

CARICATURISTA: BAYACETO.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

ALBUM DE LOS VOLUNTARIOS.

Terminada la entrega de las ocho láminas del ALBUM DE LOS VOLUNTARIOS, que se ofrecieron á nuestros suscritores, hemos procedido á la composicion de otras, á fin de completar la obra, no solo con tipos de los cuerpos últimamente creados en la Habana, como son el 2.º de Ligeros, los Ingenieros, compañía de los Almacenes de Regla y la de los Alemanes, sino con los de otros puntos de la Isla. Están, pues, en prensa las láminas 9.ª, 10.ª, 11.ª y 12.ª, que por ahora comprenderán dichos tipos, mas los de Cuba, Colon y Caibarien, que son los que con mas anticipacion hemos recibido, y no habiéndose podido hacer á tiempo la estampacion, daremos con el último número de este mes las dos láminas que al mismo corresponden; esto es, la 9.ª y la 10.ª.

LUZ Y SOMBRA

Y POR UN INGLÉS.

No puedo remediarlo, en cuanto voy al teatro y oigo á los actores hablar en verso, me jentra un deseo tan punzante, tan irresistible de echar á correr, que estoy como alma en pena esperando á que caiga el telon, para tomar las de Villadiego. Así, señores, si alguna vez oyen ustedes decir que se ha dado contra mí la voz de *ataja*, suspendan su juicio, que de seguro no habré hecho nada malo. Lo mas que podrá haber sucedido es que, habiendo yo ido á ver una obra cómica ó dramática desconocida, los actores hayan hablado en verso, y yo, luego que haya podido huir de la quema, lo habré verificado tan á lo *mambi*, que la gente, tomándome por un criminal fugitivo, habrá dado la terrible voz de *¡ataja! ¡ataja!*

Todas las cosas tienen su porqué, amados lectores, aunque no todas se hallan explicadas en el viejo libro anónimo, titulado: «El porqué de todas las cosas,» ni aun en aquel

otro que nombró el gran Quevedo: «Tratado de todas las cosas y otras muchas mas,» título que me recuerda el *et quibusdam alis*, que un chusco debió añadir al lema: *de omni re scibili*, que en un acceso de justificado orgullo tomó el célebre Pico de la Mirandola.

Me explicaré. Dice un adagio que de gustos no se ha escrito nada, y yo respeto el de ustedes, si es contrario al mio, celebrando que ustedes se diviertan mucho con los diálogos versificados. Lo que hay es que esos diálogos no me divierten á mí tanto como á ustedes, los que se diviertan mas que yo, y pues acato las opiniones ajenas, nadie extrañe que yo exponga con franqueza las mias, puesto que las expongo sin ánimo de imponerlas.

Mas haré que exponer mis opiniones y es disculparlas.

Es el caso, lectores, que á mí tambien me gustaban mucho antiguamente las comedias en verso, hasta las mal versificadas, con tal que de vez en cuando percibiera un poco el sonsonete de las rimas. Pero dí en observar que en esas comedias se paga mas tributo á la forma que al fondo, es decir, se ve que los autores, con tal de probar que saben luchar ventajosamente contra las dificultades de la metrificación, poco les importa la verosimilitud de las situaciones que crean, y por consecuencia, que haya ó deje de haber en sus obras verdadero interés cómico ó dramático; mientras que los que trabajan en prosa, como no cuentan con el auxilio de los versos para halagar el oido de los espectadores, inventan planes mas sólidos, crean situaciones mas interesantes y dibujan caracteres mas perfectos.

¿No lo ven ustedes como yo? Pues cor-

riente: no hagan ustedes caso de lo que yo digo y que cada cual satisfaga su gusto.

El mio no varió en la noche del lunes, en el beneficio de los hijos de Castañon, que tuvo lugar en el gran Teatro. Representose allí la zarzuela *Luz y Sombra*, obra de mi amigo Serra, admirablemente versificada y nutrida de chistes y pensamientos delicados. Yaveis, lectores, que no escatimo los elogios para lo que juzgo bueno; pero como lo bueno está fundado en falso, flaquea naturalmente por el lado del interés dramático, que es el que para mí tiene mas atractivo. Luego, para que las inverosimilitudes no se echen de menos, dos ciegos hay en la pieza que tiene dos actos, y en cada uno de dichos actos recobra la vista uno de los ciegos, cuando sería difícil hacer tragar una sola de esas curaciones, dada la rapidez con que se suponen realizadas.

¿Porqué, pues, no dejé yo el teatro en esa noche, tan pronto como ví que los actores hablaban en verso?

¡Ah! En esa noche, para mí, lo de menos era la diversion. Lo que debía retenerme allí era el objeto filantrópico que la funcion tenia. Se trataba de obsequiar á los nobles huérfanos de un escritor distinguido que acababa de morir asesinado por los traidores, y no hay nada que yo no sea capaz de hacer en casos semejantes. Hice mas, hice un verdadero sacrificio en prestarme á escribir y leer versos serios para esa funcion patriótica, siendo así que yo nunca hago versos serios, porque si alguna cuerda tengo, no es la de la seriedad, como tuve la honra de manifestárselo á los señores que me hicieron la distincion de pedirme dichos versos; pero, sin dar-

me el naipe para pulsar la lira sentimental, y aun con la suguridad de mostrarme infinitamente inferior á mis deseos, hice lo que se me pedia, y lo que podia constituir para mí el mayor de los sacrificios.

Digo esto para que se sepa y no para que se me agradezca. Pero, en fin, tales como salieron esos versos, allá van, en compañía de los buenos que leyeron mis amigos los Sres. Ariza, Estrella y Camprodon; advirtiéndome que no copio aquí los que leyó mi amigo el Sr. Guerrero y que fueron justamente aplaudidos, porque esos versos, ya conocidos del público, no se relacionaban con el acontecimiento que motivaba la funcion.

A Gonzalo Castañon.

Dulce et decorum est pro patria mori.

Por la Pátria morir dulce y honroso
Es para el corazon del castellano;
Y el asesino con infame mano
A su victima dá nombre glorioso.
El mármol sepulcral no es de reposo
Lugar oscuro, monumento vano;
Es el gran pedestal que el pueblo hispano
Levanta al hijo que aclamó famoso.
Hierre la vil traicion, y en su fiereza
La da eterno baldon su innoble saña:
Con tan alto valor como nobleza
La tierra el mártir con su sangre baña;
Y el huérfano reclinaba su cabeza
En el regazo de la Madre España.

J. DE ARIZA.

Al ilustre difunto D. Gonzalo Castañon

EN EL BENEFICIO DE SUS HIJOS.

Deja, buen Castañon, deja á la historia
Narrar tu sacrificio, en que se advierte
Tan digna abnegacion de un alma fuerte,
Que honrará eternamente tu memoria.
Si grey cobarde y vil, hez de la escoria,
Su salvaje furor sació en tu muerte,
Ni temas de tus vástagos la suerte,
Ni las dudas te inquieten de tu gloria.
Que mientras, noble, en letal sosiego
Yaces, que adelantó pérvida trama;
En Cuba dan, de la justicia al ruego,
A tus hijos calor, luz á tu fama,
Del patrio amor el sacrosanto fuego,
Del patrio honor la refulgente llama.

J. M. VILLER GAS.

A La violenta muerte

DE D. GONZALO CASTAÑON.

¡Vedlo! La gloria que en su frente brilla
Le llamó en un ensueño,
Y se lanzó sin miedo y sin mancilla
Al temerario empeño.

Coronados de espléndida aureola
Vió en éxtasis profundo
Los héroes de la pléyade española
Que asombraron al mundo.

Vió de Colon las pobres carabelas,
Como ligeras aves,
Y al bravo Hernán Cortés soltar las velas
Y destruir sus naves.

Oyó del Cid la voz que amenazaba
Con ruido de tormenta,
Cuando á los condes de Carrion retaba
Para vengar su afrenta.

Inflamada su ardiente fantasía,
Como una mar de fuego,
Vió á Berenguer de Entenza que partía
Para el imperio griego.

Hizo á Rojer de Flor marcial saludo,
Y le auguró victoria,
Y vió al guerrero audaz, valiente y rudo
Con veste imperatoria.....

¡Noble Gonzalo! Fija la mirada,
Interrogaba al cielo,
Pasó una nube de fulgor bañada
Y se aumentó su anhelo.

La fiebre del honor hizo en él presa
Con vértigo tirano,
Y en la historia y la fábula vió impresa
De su sino la mano.

Hermosas damas, nobles caballeros
Vió cruzar por su mente,
Ellos, blandiendo al aire sus aceros,
Ellas, con faz doliente.

Los paladines, rayos de la guerra
Y honor de las Cruzadas,
Y los del Rey Arturo de Inglaterra
Ilustres camaradas:

Ayes, insultos, guerras, desafíos,
Cuanto en la mente loca,
Engendrando propósitos sombríos,
A recia lid provoca:

Todo en un punto y en tropel le hería
Con herida muy honda,
—Yo soy un caballero, se decía,
De la Tabla Redonda.—

Y era verdad. Cuando se busque en vano
El honor por la tierra,
Pedirlo al corazon de un castellano,
Que, cierto, allí se encierra.

Pedirlo á esos que llama el mundo necio
Caballeros andantes,
En cuyo escudo se quebró el desprecio
Del inmortal Cervantes.

Pedirlo al español que de allá vino
Diciendo al mundo entero:
Primero que vencer cual asesino,
Morir cual caballero.

Tú con tu sangre en la funesta roca
Sembraste el noble emblema.
Dirán los viles que tu sangre es poca,
Pero les mancha y quema!.....

Ellos como Cain serán malditos,
Y tú honrado mil veces,
No hallan piedad tan bárbaros delitos
Ante el Juez de los jueces.

G. ESTRELLA.

Amparar á los hijos de un valiente
Caído al golpe de traicion aciaga,
Para toda alma que nobleza siente,
No es caridad, es deuda que se paga.

Figuraos al padre, pensativo.....
Luchando audaz contra la suerte huraña,
Con el alma abrasada en fuego vivo,
Y en sed febril de realzar á España,

Y germinando en la cabeza aquella,
En ráfagas de duda indefinida:
«Tengo hijos..... tengo amor..... la vida es bella.....
«Pero la patria es antes que la vida.....»

Y con un corazon que cree y ama,
Irse diciendo á solas cada día:
«Hay que encontrar un desenlace al drama.....
«Y el desenlace es la existencia mia:

«No en la manigua en que se corre suelto,
«Sino en campo cerrado de combate,
«Tapiar las puertas y luchar resuelto
«Hasta hallar un contrario que me mate!»

Y embarcarse y partir á tierra extraña
A dar la vida por comun provecho;
No hay que hacerse ilusion, es una hazaña
Que la creemos hoy porque se ha hecho.

Saltando á tierra con bizarro porte,
Y rebuscando con afan prolijo
A tantos bravos, que se van al Norte,
Halló un enjambre, les habló, y les dijo:

«Yo de mi patria el limpio honor mantengo:
«Ya que de léjos nos llenais de apodos,
«A jugarnos la vida, que aquí vengo
A responder por el honor de todos:

«Que uno tras otro se me ponga enfrente!»
Mas nadie el guante á recogerle vino;
No pudo hallar la espada de un valiente,
Solo encontró el puñal de un asesino!

No me atrevo á achacar tan vil exceso
A razas nuestras en manera alguna,
Si los hijos de España hicieran eso,
Las madres les ahogarán en la cuna.

No da vida aquel suelo á tales seres,
Ni así calumnien á la patria mia:
Soñado Eden de todas las mujeres,
Por tierra de lealtad y de hidalguía,

Que al entregar su lábio, los varones
Fecundan sus entrañas con semillas
De Pulgares, Gonzales y Girones,
Fivalleres, Entenzas y Tendillas!

Si la traicion, señores, es tan rara
En toda la extension del suelo ibero,
Que para cruzar plomo cara á cara,
Hasta el ladrón del campo es caballero!

Esa barbárie que las vidas trunca
Acechando cobarde y escondida,
No fué semilla de la España nunca:
Del Africa servil es adquirida.

Y así cayó un leal! Tiñó la arena
Sin dar ni un punto de flaqueza indicio,
Y esa resolucion firme y serena
Es la que constituye el sacrificio.

Sacrificio de sangre tan fecunda,
Que al salpicar la faz de tierra extraña,
Sobre un vil acto de traicion inmunda
Ha levantado un nuevo altar á España

Que se verá desde el confin lejano:
Y así que lo distinguan las Castillas,
Ante la pobre cruz del asturiano
Vereis á toda España de rodillas:

Y aunque las almas el dolor taladre,
Es de tal precio su cadáver frio,
Que al noble impulso del amor de madre
Gritará Asturias orgul osa: «Es mio!»

¡Honor al mártir que en el cielo mora!
Si hay quien la anchura de su aliento tenga
Y le quiere vengar, ea en buen hora,
Pero medite bien como le venga.

Si en sombrío furor arde su seno,
Acérquese á su tumba paso á paso,
Y aprenderá que el que cayó cual bueno,
No acepta nada indigno en ningún caso:

Y si el horror del crimen no le arredra
Y represalias de traidor ensaya,
Ponga su mano en la bendita piedra,
Y Castañon responderá al que vaya:

«Ni aun en la huesa, me hallará propicio
«El que desflora de la España el manto:
«La religion, la patria, el sacrificio,
«Todo lo que hay junto á mi tumba es santo.

«Si es verdad tu patriótico ardimiento
«Y tu sangre es valiente y generosa,
Ve á batirte con dos, con diez, con ciento,
«Hasta que te abran á tus piés la fosa:

«Y cuando frente á frente al enemigo
«El hierro corte de tu vida el plazo,
«Vengan tus restos á dormir conmigo,
«Y desde el Cielo te dará un abrazo.»

FRANCISCO CAMPRODON.

Terminada la lectura de estos versos, que, fuera de los míos, son excelentes, y merecieron grandes aplausos, particularmente los de Camprodon, tan conceptuosos como todos los suyos, aunque mucho mas efecto hicieran que el que hicieron, y lo hicieron muy satisfactorio tambien los de Ariza y los de Estrella, si estos acreditados vates leyese tan bien como escriben, y dispensen que se lo diga, se representó la pieza en un acto titulada: *Por un inglés*.

Yo, en cuanto ví que los actores hablaban en prosa, dije: vamos, aquí de seguro habrá verdadero chiste cómico, y no me engañé; porque, en efecto, desde la aparicion del hombre que, huyendo de un inglés, se mete en una casa, cuya salida no encuentra, viene una serie de situaciones tan á propósito para el equívoco, que en ellas cada palabra, y á veces cada movimiento, es una gracia.

Vayan ustedes á esperar, despues de esto, que yo varíe de opinion respecto al verso y á la prosa en el teatro, es decir, en el drama y en la comedia, porque en la tragedia, todavia me gusta el verso. No señores, lo que yo haré será seguir mi gusto respetando el de ustedes y asunto concluido.

EL MORO MUZA.

LA ENANA DE LA HISTORIA.

Conocido es el fabuloso personaje, cuya estentorea voz acusaba la existencia de un gigante y resultó ser un enano; pero, en fin,

por mas que Esopo y todos aquellos que por dignos sucesores suyos puedan pasar, hayan soltado verdades como puños, dando muestras de ser buenos observadores de los fenómenos naturales, lo cierto es que á nosotros, al ver la pintura de esos fenómenos, con cuya verosimilitud no estábamos conformes, siempre nos quedaba el derecho de decir: cosas de los fabulistas.

Y no éramos justos, porque, salvo sean honrosas excepciones, parece como que en el género humano está la voz en razon inversa de la estatura, segun lo prueba el hecho de que, por regla general, los tenores sean mejores mozos que los bajos. Así se comprende que las *primas donnas* se enamoren casi siempre de los primeros, rechazando á los segundos, y aun á los barítonos.

Ahora, ya es diferente. La historia se ha encargado de la justificacion de la fábula, suceso que ha tenido lugar en esa parte de la Isla de Cuba que se llama el Camagüey, tierra de donde han salido bastantes camagüeyanos.

Tanto se hablaba del número de combatientes, organizacion militar, bravura casi bravia y atrincheramientos de la insurreccion cubana en el distrito Central, álias camagüeyano, que es donde funciona la farsa de gobierno *mambí*, álias de la gente perdida, con sus ministros y diputados, álias, Rincónetes y Cortadillos, y donde se han refugiado las mujeres incitadoras..... á todo género de licencias, álias, *surripantas* ó *zurripampas*, que los mas confiados en el triunfo lógico de la buena causa, decíamos: sí, nuestros soldados limpiarán en pocos dias de latro-facciosos la parte Oriental y las Cinco Villas; pero no sucederá lo mismo en el Camagüey, porque allí está lo gordo.

¡Guáimaro! ¡Cascorro! ¡Sibanicú! Nombres eran estos que llegaron á infundirnos algun respeto, á fuerza de verlos invocados en las naciones extranjeras, nada menos que con la bárbara pretension de dar á los que tales pueblos poseian, el reconocimiento de beligerantes, que es como si dijéramos, de guerreros decentes.

Figurábame yo que esos pueblos eran así como Charleston, Wilmington y Richemond, cuya posesion costó á los soldados de Lincoln largos sitios y expediciones punto menos que mitológicas. ¡Ah! decía para mí, despues que tomemos, por ejemplo, á Guáimaro, habremos de emprender el asedio de Cascorro, donde se refugiara el enemigo, y tomado Cascorro, habrá que sudar tinta para entrar en Sibanicú, punto de los cucos, que parece estar diciendo: ¡cu, cu, cu! Y cuando hayamos ocupado á Sibanicú, Cascorro y Guáimaro, todavia nos dará qué hacer el enemigo yéndose, á donde debe irse naturalmente, que es á la Tana; en todo lo cual ha de emplearse mucha gente y gastarse mucho tiempo, y verterse mucha sangre, y apurarse mucha paciencia.

Pues bien, lectores: pareció el enano de la historia, ó si quereis, la enana, siendo esa enana la insurreccion del Camagüey, insurreccion que ha hecho un ruido inmenso, ex-

traordinario, fabuloso, increíble por la desproporcion que su broncea voz guarda con su cuerpo liliputiense. Mentira parece que una cosa tan ruin, tan raquítica, tan miserable, tan microscópica en lo material y en lo moral, haya podido atronar los oidos de medio mundo, remedando á esas personas que echan en pulmones lo que otras en corazon y en estatura; pero ya sabemos que todo lo que se refiere á la insurreccion cubana parece mentira y viene á serlo.

Sabemos mas, sabemos lo que es la faccion del Camagüey, una turba de mil ó mil quinientos facinerosos, que solo detrás de formidables trincheras esperan el tiempo necesario para hacer una descarga, y que ponen piés en polvorosa, internándose en los bosques, tan pronto como ven que nuestros soldados van á flanquear esas trincheras nunca defendidas por los mismos que tanto han trabajado para levantarlas. Total: la insurreccion central es la enana de la historia, que podemos casar con el enano de la fábula.

Mil trescientos hombres mandados por el valiente general Puello han recorrido esos puntos cuya conquista creia yo que exigiria el concurso de varias divisiones numerosas, y han acampado en las formidables trincheras enemigas, sin hallar mas resistencia que la de algunos centenares de *yankees*, metidos á *libertadores de Cuba*, resistencia floja tambien, pues, como digo, está reducida á soltar unos cuantos tiros desde puntos fortificados que permitan la escapatoria, y correr luego como almas que lleva el diablo.

Naturalmente: si á los mil trescientos hombres de Puello no les pudo hacer seria resistencia esa faccion del Camagüey que con voz atronadora tantas roncadas echaba, ¿cómo se la habia de oponer á los cuatro mil dignos subordinados del bizarro brigadier Goyeneche? Así, este distinguido militar ha ido á Guáimaro, es decir, á lo que fué Guáimaro, á Cascorro, esto es, á donde estuvo Cascorro, á Sibanicú, quiero decir, á donde existió Sibanicú, á Najaza, en fin, á todas partes, sin encontrar quien le dispute el paso, allí donde esperábamos que para cada uno de los nuestros se presentarian cincuenta de los otros, única cosa que habria sido de temer, porque, como lo hemos visto en el lance de Cayo-Hueso, está fuera de duda que cuando un español se las há con cincuenta *libertadores*, puede perder la vida, salvando siempre la honra, por supuesto.

¡Ah! dirán los mambises: verdad es que los cuatro mil hombres del Brigadier Goyeneche y los mil trescientos del general Puello nos han hecho correr en grande; pero eso consiste en que todos los de cada expedicion venian juntos, que si hubieran venido uno por uno... ¡ya verian si hacíamos con ellos lo que los cincuenta emigrados de Cayo-Hueso hicieron con el director de *La Voz de Cuba*!

Y esto es verdad, aunque lo digan los *mambises* ó los *laborantes*, seres condenados á mentira con retencion, ó lo que es lo mismo, á perpétua mentira. Si nuestros milita-

res buscan á los libertadores para batirse con ellos, ¿cómo han de lograr lo que desean, siendo así que los dichosos libertadores necesitan reunirse en grupos de cincuenta individuos, y preparar emboscadas para atacar á un solo defensor de la causa española? Digan ustedes que los tales libertadores hubieran ido cogiendo uno por uno á los soldados de Goyeneche, allí donde ellos tenian todas sus fuerzas yankee-camagüeyanas, y verian si hacian proezas.

Esto se explica bien diciendo que nuestros soldados son hombres, y los contrarios dejaron de serlo desde que, aborreciendo su sangre, manifestaron sobradamente haber degenerado. Por eso, cuando se enumeran las fuerzas de nuestros generales se dice, vgr; Valmaseda y Puello, mandan tantos ó cuantos *hombres*, y cuando se trata de los contrarios, no se dice: Aguilera y Cavada mandan tantos ó cuantos *hombres*, sino: Aguilera y Cavada mandan tantos ó cuantos *mambises*.

Resulta de esto que nuestros soldados se equivocan cuando piensan habérselas con los enemigos de hombre á hombre porque los enemigos no son hombres, sino *mambises*, y si bien suele decirse que de hombre á hombre no va nada; de hombre á *mambí* va muchísimo, como que está probado que los mambises necesitan ser cincuenta para atacar á un hombre con probabilidades de triunfo.

Esto supuesto, no hay que esperar que nuestros bravos militares hallen formal resistencia en ninguna parte, mientras vayan juntos, y no uno á uno, como los subordinados de Céspedes quisieran irlos atrapando, para hacer proezas parecidas á las de Cayo-Hueso; pero eso importa poco, pues todo es cuestion de tiempo. Con ir dejando destacamentos en los puntos ocupados, y seguir ocupando mas puntos, hasta que á los enemigos de la sociedad no les quede un palmo de terreno, los que están destinados á caer en la ratonera, caerán irremisiblemente, máxime cuando las cañoneras hacen la evasion imposible, y... malaventurados los plagiarios, ladrones, asesinos é incendiarios, vulgo libertadores, porque ellos pagarán con la vida en pocos minutos los horrorosos crímenes que han cometido en muchos meses.

Entre tanto, hagamos constar, para los efectos oportunos, es decir, para que los laborantes de fuera no se cansen pidiendo golierías *beligeránticas*, que la faccion del Camagüey, que tanto ruido ha estado haciendo, es la mas despreciable de toda la Isla; que la insurreccion central es la enana de la historia, enana llamada á justificar la creacion del enano de la fábula, personaje fantástico semejante á alguno que otro real y efectivo, á quien por la voz hubiera cualquiera mirado como competidor de Gíges. Eso es la faccion del Camagüey, que podría, por su cacareo y por la cobardía de los que la forman, llamarse la faccion gallinera. Mucho ruido y pocas nueces.

EL MORO MUZA.



QUESADA.—Mal camino ha elegido para irse Sr. Céspedes; hay por aquí mucho mosquito.
JORDAN.—My God! quien pudiera volverse parte telegráfico para llegar hasta Nueva York por dentro del agua!!
AGUILERA.—Mejor fuera por dentro del vino!



El Gran Morales Lemus arrancando la última muela (50.000 \$) al Presidente de la Junta Cubana.



LA DESPEDIDA DE QUESADA.

CESPEDES.—Entregue V. esa espada que no es digno de llevar.

QUESADA.—Dijo la sartén al cazo, &c.

CESPEDES.—Ha abusado V. de nuestra confianza.

QUESADA.—Quien roba al ladrón..... Ya sabe V. lo demás y me voy á ver á los bravos de Nueva York.

AGUILERA.—Cuidado con tropezar en el camino, chinito.

EL PROCESO DE TROPPMANN.

(CONTINUACION.)

En todas las causas célebres, á cuya categoría pertenece la del horriblemente famoso Troppmann, hay un gran interés dramático, por mas que los sucesos que las motivan sean conocidos y sepamos tambien su desenlace. Por eso las relaciones que de ellas se hacen son siempre leídas con avidéz, y esta consideracion nos impele á continuar el extracto que de la causa de Troppmann vamos haciendo, si bien, para abreviar, prescindiremos en ese extracto de los pormenores de poca importancia, ó seremos al referirlos tan sóbrios de palabras cuanto nos lo aconseje el natural deseo de dar variada lectura á los favorecedores de nuestro semanario.

Estos han visto que en la sesion del 28 de Diciembre, Troppmann dijo que habia mentido ántes, al declarar que él solo mató á Juan Kinck, y robádole además 5,500 francos. En este estado de la declaracion, el Presidente recordó al acusado la indicacion que antes hizo del lugar donde podria hallarse el cadáver de Juan Kinck. Troppmann reconoció esta verdad; pero se obstinó en asegurar que los asesinos habian sido sus cómplices, y supuso que la justicia no queria buscar á estos, siendo así que él era quien se negaba á nombrarlos. En efecto, preguntando el magistrado los nombres de los tales cómplices, de quienes el acusado refiere una historia ridícula, Troppmann no quiere decirlos.

—¿Por qué, insiste el Presidente, no nombráis á esos individuos?

—Probablemente, contesta el acusado, tendré mis razones para ello. Ya he dado mis indicaciones para que se les busque; pero se vé que no hay deseo de hallarlos, y tampoco yo diré sus nombres. Ese es mi secreto, y que la justicia cumpla con su deber.

EL PRESIDENTE.—No sois el primer criminal que haya pretendido atenuar la enormidad de un crimen compartiendo su responsabilidad con supuestos cómplices; pero se os hará ver fácilmente que vos solo habeis muerto á Juan Kinck.

EL ACUSADO.—Yo creo que debo saber cómo sucedió eso (*sensacion*). Yo me puse de acuerdo con mis cómplices para atraer á Kinck á la Alsacia, y les enseñé la carta que él me habia escrito.

EL PRESIDENTE.—¿Podreis citar personas que hayan visto á esos llamados cómplices? —EL ACUSADO.—Las hay, sí señor, pero no debo nombrarlas. (*Murmullos*.)

Continuando en este absurdo sistema, el acusado habla de una cartera, donde dice que están los nombres de sus cómplices; añade que él enterró la tal cartera en el bosque, á cincuenta metros del camino, y que la justicia debe buscar aquella cartera, de que no se le ocurrió hablar en el sumario, para que se sepan los nombres de los cómplices que él no quiere revelar. El objeto, como se vé, es ganar tiempo. El Presidente, despues de hacer estas observaciones dice.

—En fin, ¿rehusais nombrar á vuestros cómplices?

EL ACUSADO.—No puedo nombrarlos. Hallad la cartera, y si eso no basta, entónces diré los nombres.

EL PRESIDENTE.—Vos dais por hecho que el descubrimiento de la cartera nos hará conocer á vuestros cómplices. Y bien; puesto que deseais dar todas las indicaciones que pueden conducir á ese descubrimiento, ¿por qué no nombráis á los cómplices desde ahora? —EL ACUSADO.—Porque no puedo.

EL PRESIDENTE.—(*Dirigiéndose á los jueces*.) Debo manifestar, señores, que se han seguido todas las indicaciones del acusado con escrupulosa puntualidad, y que las escavaciones que se han hecho han sido completamente inútiles.

Este incidente se prolonga, insistiendo el magistrado en manifestar cuán extraño le parece que, quien tan interesado está en nombrar á los cómplices, no los nombre, y que los supuestos cómplices fuesen bastante desinteresados para no quedarse con ninguno de los efectos de valor que Juan Kinck poseia; despues de lo cual, recuerda al acusado el hecho de habersele visto componer un activo veneno, en lo que Troppmann conviene. Luego habla de la carta falsificada por el acusado, en la cual este pretendia pasar por Juan Kinck, y el acusado dice con odioso cinismo:

—Yo escribí esa carta en Lille y la dirigí á Roubaix; porque desde el momento en que murió Kinck, mi propio interés exigia que toda su familia desapareciese.

EL PRESIDENTE.—En efecto, era una necesidad, para vos, que la familia desapareciese, desde la madre hasta el mas tierno de sus hijos.

EL ACUSADO.—(*En voz alta, y con muy bien articulada pronunciaci6n*.) Eso mismo es lo que acabo de decir, y además, yo sabia que, al venir á Paris, la familia seria asesinada.

Háblase aquí del dinero con que Troppmann llegó á Paris, de la conversacion que tuvo con Gustavo Kinck, cuya muerte estaba resuelta, y de la carta que bajo la firma falsa de Juan Kinck escribió á la esposa de este, diciéndola que fuese á recoger el medio millon de francos con que él, Troppmann, les obsequiaba. El diálogo que sigue acabará de pintarnos al monstro, tal como era.

EL PRESIDENTE.—Por último, vinisteis á Paris, y os alojasteis en el Hôtel del Ferrocarril. Todo iba viento en popa, segun vuestros deseos. Gustavo estaba en Alsacia é iba á hacer efectivo el *cheque* de 5,500 francos que tanto anhelábais. Era preciso que aquel jóven os trajese el dinero á Paris, y que su familia llegara á reunirse con él, para lo cual escalonasteis vuestras citas de tal modo, que Gustavo y la familia fuesen llegando á horas determinadas. A la pobre señora de Kinck la recomendasteis que llegase con todos los papeles de importancia, incluso los títulos de pertenencia de sus bienes. La escribisteis el 5 de Setiembre una carta, que suponíais obra de su marido, en la cual hablábais del amigo Troppmann, que le regalaba medio millon.

EL ACUSADO.—Es cierto.

EL PRESIDENTE.—Mientras llegaba Gus-

tavo, cuya muerte estaba resuelta, os fuisteis á un baile, donde os divertisteis mucho, en compañía de vuestro camarada Aron.—EL ACUSADO.—Es cierto.

EL PRESIDENTE.—Gustavo se decidió á venir, y os mandó el telegrama siguiente: «Llegaré mañana á las cinco y veinte minutos de la madrugada.» Por una fatal coincidencia, el tren llegó á las nueve y media de la noche. ¿Fuisteis á esperarle? —EL ACUSADO.—Sí, señor.

EL PRESIDENTE.—¿Qué hicisteis luego? —EL ACUSADO.—Nos encaminamos *los tres*, no, *los cuatro*, al hotel. Le hice escribir á su madre y nos dirigimos á Pantin, donde los que habian asesinado al padre, asesinaron al hijo.

Esta contestacion dada con la mayor calma, hace temblar á todo el auditorio.

EL PRESIDENTE.—¿Quién mató á Gustavo? ¿Fué el mismo que habia asesinado á su padre? —EL ACUSADO.—No, señor; ese se quedó en Malhouse; fué otro.

EL PRESIDENTE.—En seguida os apoderasteis de algunos objetos que Gustavo llevaba consigo, entre ellos, un reloj y un peine.—EL ACUSADO.—¡Oh! ¡Un peine! Yo no habia de haber estado tres semanas sin peine en Paris, porque no es natural que me peinase con los dedos.

EL PRESIDENTE.—Y bien, la declaracion que en el sumario hicisteis fué esta: «Luego que llegó Gustavo, dijisteis, como no habia cobrado el dinero, le hice escribir á su madre, para que activase su venida: despues, tomando el ómnibus de la *Villette* (serian las diez), le dije que íbamos en busca de su padre. Llegamos al campo; yo iba á su lado, llevando un cuchillo que le clavé por la espalda. Gustavo cayó de bruces, quedando sin movimiento: entónces le dí dos puñaladas en el pecho y seis mas en la espalda, hiriéndole despues detrás de la oreja y dejándole el cuchillo clavado en la garganta.»

EL ACUSADO, *impasible*.—Así lo declaré; pero es falso.

EL PRESIDENTE.—En fin, ¿decís que mentáis entónces? —EL ACUSADO.—Sí, señor, mentí.

EL PRESIDENTE.—Habeis comprado en casa de Laval una pala y en casa de Dufour un azadon que están á la vista. ¿Los reconocéis? —EL ACUSADO.—Sí, señor.

EL PRESIDENTE.—¿Confirmáis que vos hicisteis esas compras? —EL ACUSADO.—Yo remití esos instrumentos á uno de mis cómplices, que los llevó á Pantin. Me los pidió sin decirme su objeto.

EL PRESIDENTE.—Decís que no hacíais mas que obedecer, y el 23 de Noviembre, en vuestra declaracion, agregasteis á vuestro crimen la mas odiosa de las calumnias. Dijisteis que era el padre quien habia dado muerte al hijo, y que vos no hicisteis mas que secundar las miras de Juan Kinck. Entónces no hablábais de esos cómplices que despues habeis inventado.—EL ACUSADO.—Entónces mentía y hoy digo la verdad.

EL PRESIDENTE.—Es vuestra afirmacion, por lo tanto, que ¿no habeis sido mas que un instrumento? —EL ACUSADO.—Sí, sí.

EL PRESIDENTE.—¿Quién hizo el hoyo?—
EL ACUSADO.—El mismo cómplice que mató á Gustavo.

EL PRESIDENTE.—¿Na habeis, pues, ayudado al crimen?—EL ACUSADO.—No.

EL PRESIDENTE.—¿Qué haciais en todo ese tiempo?—EL ACUSADO.—Yo estaba allí cuando se asesinó á Gustavo, y no hice nada; pero luego que todo hubo concluido, volví á París, mientras mi cómplice sepultaba al muerto.

EL PRESIDENTE.—A vos se os encontró el reloj de Gustavo.—EL ACUSADO.—Sí, señor; me lo dió mi cómplice.

EL PRESIDENTE.—¿Cómplice singular! Ese hombre mata á Juan Kinck y le despoja en vuestro exclusivo provecho; asesina luego á Gustavo Kinck y os dá tambien cuanto posea su segunda víctima. ¿A quién hareis creer esas cosas?—EL ACUSADO.—Si no queréis creerme, no diré nada.

(Continuará.)

JAVIER Y NESTOR VENDRAN

QUE BUENO ME HARÁN

CANTO II.

Gracias á Aláh, nuestro amigo, el que lo es del escribiente de Goicuría, se ha podido proporcionar mas cópia del poema con que, como dijimos el otro día, pretende inmortalizarse el titulado Padre Eterno de la grey filibustera.

Es el canto segundo del referido poema, canto digno sucesor del canto primero que dimos á conocer el otro día; canto en fin, tan canto, que, ya que su autor se llama Domingo, de él mejor que de otro hubiera podido escribir Fray Gerundio aquello de:

«Yo tambien canto el canto dominguero
Del hermano Domingo, y cuando canto,
No á un echa-cantos canto, ni á un cualquiera
Cantor de cantinelas ó cantinas,
Ni á algun Mingo (1) cantor de cantimplora.
Si algun alma de cántaro tal dice,
Un cantazo en los dientes le sacudo,
O en el canto del naso (alias, narices)
Cantárida le pongo corrosiva.
Con un canto en los pechos ya se diera
El mismo que inventara el canto llano.
Si ser pudiera lo que fué el cantante.....»

Pero no, ¡diablo! Esto último no le viene del todo bien á Goicuría, cuyo pasado nada tiene de envidiable. Al contrario, considerando la feísima nota política y moral de ese hombre, que hizo traicion á su patria, conspirando contra ella, y se quedó con el dinero que sus correligionarios le daban para armar expediciones, lejos de haber quien quiera goicurizarse, por mal que se vea, creo yo que el mismo que se halla goicurizado se desgoicurizaría de buena gana, si eso fuese posible. ¡Debe estar tan avergonzado de lo que ha sido, sobre todo despues de ver los Goicuritas que ha sacado en Javier Cisneros y Nestor Ponce...!!

En fin, lo cierto y satisfactorio, pectoral para el pecho, estomacal para el estómago y saludable para la salud, es que nos hemos podido proporcionar el canto segundo del ya famoso poema, en que Goicuría revela las hazañas de Nestor y Javierito, cosa que nuestros lectores verán con gusto, á pesar de lo que el autor *sinsontea* en sus versos.

Porque, eso sí, Goicuría nos da en su canto segundo octavas correctas, al lado de otras en que hay *berzas* de las de marras, como lo hizo en el canto primero. He aquí, en prueba de ello una de dichas octavas, que no es maleja.

(1) Mingo, abreviado de domingo.

¿No era Nestor un misero petate?
El infeliz Javier, ¿no era un ciruelo?
¿Pues cómo aquel blasona de magnate?
¿Pues cómo estoto se remonta al cielo?
Yo que les he calado, digo: ¡tate!
Misterios hay, *intrínquilis* recelo;
Y niéguenme de picaro la fama,
Si ellos no explotan la sandez de Aldama.

Como se vé, Goicuría no parece haber hablado siquiera con *sinsontes*, á juzgársele por la octava que acabamos de copiar; pero, ¡vive Dios! bien se desquitó en la que sigue, donde no quiso dejar feos á sus *preceptores*:

¿Será posible que el bueno de D. Miguel
No acabe nunca de caer del burro,
Y esté dando doblones á granel
A Nestor Ponce, que es un sinvelguensa cazarro,
Y al nunca bien ponderado cuquito Javier,
Con cuyas tontas infulas me aburro,
Y á todo el que por adularle mentiras engarza,
Como Morales Lémus y comparsa?

Aquí se ve que Goicuría se causó pronto de andar por las elevadas regiones del Parnaso, y bajó corriendo á las de la *sinsontil* enramada. El verso primero, el cuarto, el quinto y el sétimo son mas largos que la esperanza de Aldama, y cuidado que esa esperanza debe perderse de vista, puesto que Aldama sigue aprontando miles de duros para sostener la insurreccion cubana, por cuya vida nadie que tenga sentido comun daría un centavo. Bien que..... ¿Está probado que Aldama tenga sentido comun?

Luego hay piés agudos mezclados con los graves, licencia de mal gusto; despues hay un Javier que se hace consonar con *granel* y *Miguel*, y por último, se rima la *s* con la *z*, en las voces *engarza* y *comparsa*, que es lo que siempre ha reprendido el Moro Muza en los *sinsontes*, y lo que estos han sostenido como bueno en sus periódicos políticos y literarios. Dígalo, si no, el famoso *Concurrencias*, gacetero de *El País*, que tanto desbarró tratando de ese asunto..... y de todos los demás; porque el pobrecito, en cuanto alzaba la voz, enseña la punta de la oreja.

Pero hete aquí que vuelve á subir al Parnaso Goicuría, impelido sin duda por aquella pasión que hizo decir á Juvenal: *Si natura negat facit indignatio versum*, pensamiento que Jorge Pilillas tradujo así:

«Que si naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hacer versos.»

En efecto, Goicuría, muy cargado de ver las preferencias que se tienen con sus discípulos, se indigna, como es natural, contra el privilegio, y en un raptó de chispa producido por su indignacion, exclama:

Si alguien á Ponce y á Javier censura,
Expónese á llevar fuertes sopapos,
Y en tanto á mí, con la mayor frescura,
Me están sacando á relucir los trapos.
¿Porqué de mis manejos se murmura,
Y no de los manejos de esos guapos?
Lo que se mira en mí como delito,
¿Es gracia en Javierito y Nestorcito? (2)
Pues bien, ya estoy cansado de las tramas
E injusticias que causan mis enojos.
¡Me ensucio de una vez en los Aldamas,
Mestre y Piñeiro, antagonistas flojos;
Y en Bramosio, que es pez de mil escamas,
Y en Rodríguez y en Fesser, los dos cojos;
Y en toda la fanática familia,
Y si me apuran mas..... ¡en Doña Emilia!

El hombre está cargado de razon; eso se ve hasta en los versos de estas dos octavas, que no le habrían salido tan inspirados y correctos si no fuese por la natural indignacion con que los ha escrito. Pero esa indignacion ¿durará mucho? A verlo vamos, pues Goicuría sigue diciendo:

(2) Este pensamiento ha sido ya expresado con admirable valentia por el insigne Quevedo, en aquel magnífico soneto que principia:

Si de un mismo pecado es precio en Lido
La horca, y en Menandro la diadema,
¿Quién pretendes, ¡oh Júpiter! que tema
El rayo á las venganzas prometido?

Nota del M. M

¿Quizá juega Javier, y siempre gana?
¿Hay en Nestor las mismas condiciones?
Lo cierto es que se dice que en la Habana
Pasaron hasta aquí por dos pelones.
Mas los dos, de la noche á la mañana,
Se pusieron á armar expediciones,
Y hoy el que de ellos tiene mas apuros.....
No se dejaría dar garrote por ciento cincuenta mil duros.

¡Adios! Ya me admiraba yo de que la indignacion juvenalesca se fuese sosteniendo tanto tiempo en un amigo de los mas célebres *sinsontes*. ¡Cuidado, que el poema de Goicuría iba divinamente! Pero cuando menos lo esperábamos..... ¡agua vá! dijo el tal Goicuría, y nos largó un chorro tan continuado en el último verso de la octava última, que nos dejó mas frios que la nieve. ¡Qué rociada, señores! ¡Qué rociada! Con otra como ella nos ahogamos en seco, como dicen que se está ahogando Aguilera, desde que allá en la Manigua dieron en escasear ciertos líquidos espirituosos.

Pero veamos como termina su segundo canto el poeta Goicuría, que es lo que nos importa. Hé aquí una *sinsontada* que nada tiene que echar en cara á las otras:

Pues bien, cuando yo observo que la danza
Sigue, de los que *hormigo* sin segundo
Me juzgan, porque al fin, llené la panza,
Y me profesan odio furibundo,
Y me desprecian mas que al mismo Lanza,
Que es la afrenta de Cuba y aun del mundo,
Con razon digo á guisa de refran:
«Javier y Nestor vendrán, que bueno me harán.»

Como los comentarios son inútiles aquí, acabaremos esta crítica poniendo en conocimiento de nuestros lectores que, quizá para el número próximo, podremos dar á luz el canto tercero del poema de Goicuría, con las notas y observaciones que son consiguiendes de

EL MORO MUZA.

El excelente poeta lírico Saturnino Martínez, que el otro día nos favoreció con un soneto, ha pulsado de nuevo y mas despacio su preciosa lira con motivo de la muerte de CASTAÑON. Lo esperábamos del inspirado hijo de Asturias, y creemos que nuestros lectores verán con gusto la siguiente elegía, tan recomendable por sus elevados pensamientos, como por esa majestuosa entonacion que brilla en sus versos y que es uno de los secretos reservados á los verdaderos poetas.

ELEGIA.

¿Cómo penetra el corazon la queja
De la orfandad que llora,
Y envuelta en el pesar oye á la reja
De la oracion la prolongada hora!
Allí la hallaba ayer el padre amante
Que con la fé mas pura,
Iba á entreabrir el seno palpitante
A la expansion de su infantil ternura.
Hoy—¡Oh cambio cruel!—Cual dos armiños
Que el árbol pierden que les daba sombra,
En el mismo lugar están dos niños
Tendidos en la alfombra.
Y no vendrá, como venir solía,
A disipar su anhelo,
La dulce sombra que feliz vertía
Miel en el cáliz de su amor del cielo.
Que ayer, en alas de valiente idea,
Cruzando el mar, ligero,
Caballero español, fué á la pelea
Que acepta el caballero.
Y en vez del hombre en cuyas venas arde
Algo de un alma buena,
Salióle al paso la traicion cobarde,
Y con su sangre enrojeció la arena.
¡Así las perlas de su amor perdieron
El alga que fué sola
Arbol á cuya sombra no temieron
Del mar del mundo la mugiente ola!
Mas ¿quién allí, con poderoso brío,
Tiende el brazo clemente,
Y «AL NOMBRE DE SU PADRE, SÚPLA EL MIO»
Dice, encendida en majestad la frente?
¿Quién de la patria el purpurino manto
Desplega, y, con asombro,
Dice al pueblo español, que gime en tanto:
«HIJOS TAMBIEN DE LA NACION LES NOMBRO?»
¡Vedle! es el héroe que de triunfos lleno

Sabe, y la ley no tuerce,
Que vale mas ser grande, por ser bueno,
Que por la altura del poder que ejerce.

¡Así la humanidad en campo de oro
Esculpirá mañana
Esa accion inmortal que enjuga el lloro
Y abre al dolor un porvenir de grana!
¡Ah! ¡si el patriota, irguiendo la cabeza,
Viera cuanto á la patria merecia,
Absorto, al contemplar tanta grandeza,
De nuevo moriria!

¡Si! que le vi enterrar: pueblo compacto
Iba llorando al hombre,
Mostrando oculto, inaccesible al tacto,
Todo un volcan sin cráter y sin nombre.
Y yo temblé, porque estallar podia
Aquel horno interior, y entónces..... ¡Cielo!
¿A dónde el hombre desbordado iria
En su impetuoso anhelo?

Roto el dique al indómito torrente,
¿Dónde fuera á romper la onda espumante,
Que no arrastrara en su veloz corriente
Al tardo caminante?

¡Funesta situacion!.....Terrible calma
Al fèretro seguia,

¡Y es que la sorda tempestad del alma
Dentro del corazon se revolvia!

¡Y no estalló! que el noble pueblo mio
Terrible en la pelea,

No sabe alimentar, traidor é impio,
De las venganzas la sangrienta idea.

Y la tarde mostró ténue sonrisa
En las nubes del cielo,

Porque al espacio no llevó la brisa
Sangre alguna en su vuelo.

Y la noche anunció, nublado en sombras
El terso brillo que los aires baña,

Que Dios iba á tender negras alfombras
Sobre el mártir de España.

¡Tendiólas! y, á la luz del firmamento,
La paz reinó en la tierra,

Cuando afilaba el huracan violento
Su negro rayo de exterminio y guerra.

¡Ah! ¡Cómo el cielo, á mi plegaria, quiso,
Con su poder eterno,

Trasformar en la paz del paraíso
Las tempestades que engendró el averno!

¡Yo amo á Dios!... ¡Creo en él!...bardo cristiano,
La inspiracion le debo,

Y cuando ruego por el bien hispano
Bálsamo rico en sus altares bebo!

Con honda angustia la orfandad en tanto
Replegóse en su lecho,

Estrechando, tal vez, bañada en llanto,
La efígie paternal contra su pecho!

El pueblo, recogido en su amargura,
Vibró de un gran dolor el arpa ignota,

Y á sus acordes penetró en la altura
El alma del patriota.

SATURNINO MARTINEZ.

POR VARIAR.

Tenemos á la vista un periódico impreso
en papel verde, que se publica en Veracruz
y se llama *El Sol de Cuba*. Con decir que ese
sol es verde, dicho está cual será su propósito
de faltar á la verdad en todo lo que escribe.

Pero á fé, su tiempo pierde,
Pues dirá todo hombre franco,
Que lo verde vuelve blanco,
Quien torna lo blanco verde.

Empieza *El Sol Verde* haciendo grandes
elogios del autor del *difunto amor*, D. Tomás
Mendoza, (1) que murió titulándose coman-
dante del E. M. de Quesada, y para que los re-
dactores de *El Verde Sol*, astro de las viejas
verdes, sepa quien era D. Tomás Mendoza,
vamos á decírselo:

Era un venezolano, hijo y hermano de
otros dos sugetos, tan venezolanos como él.
Los tres venezolanos abusaron de la hospita-
lidad española, tomando siempre parte en
las publicaciones mas groseramente hostiles
á los españoles, para lo cual se asociaban con
los Valerios, Posadas, Calcaños y otras gen-
tes por el estilo. El gobierno español, siem-
pre bondadoso, en lugar de expulsar á esos
extranjeros perniciosos, que es lo que se ha-
ce en otras naciones, dió empleos á los tres
venezolanos; pero el padre siguió manifes-

(1) Aquel cuya oreja musical era tan atróz para los ver-
sos, que trastornaba los acentos de modo que habia que de-
cir *difunto* por *difunto*, para que resultase armonia.

tando siempre su odio á los que le daban de
comer, y los hijos abandonaron los empleos
para irse á la manigua. Moraleja para los
buenos mejicanos que lean *El Sol Verde*:

Si existen, que no lo dudo,
En esta caliente zona,
Mendozas dignos de aplauso,
Esos son..... otros Mendozas.

De otro género son los piropos que *El Sol
Verde* dirige al difunto general Dulce, á
quien llama Judas, reptil y otras lindezas,
todo porque dice que dicho general les dió
un plazo de cuarenta dias para que entrega-
sen las armas, con el objeto de engañarlos.

Esto no se comenta. Cuando así se escribe
la historia, lo mejor es terminar esa historia
con aquel remate de los cuentos de cocina
que dice:

Y colorín, colorado,
Mi cuento está acabado.

Vamos á la seccion de noticias, que aca-
bará de dar una idea del horror á la verdad
que han tomado los laborantes cubanos, do-
lencia que pronto ha de constituir la mayor
diversion del mundo entero. Tanto es así, que
hay casas ya en Nueva York donde en los
dias de reunion se cita á los laborantes cuba-
nos para hacerles hablar de Cuba y reírse
con sus mentiras. Lo mismo se hará con el
tiempo en Veracruz, en Nueva Orleans y en
todas partes. Cuando se quiera amenizar una
tertulia con pasajes grotescos, invitarán á
uno ó mas laborantes cubanos y se tocará la
cuestion de Cuba. El laborante ó los labo-
rantes dirán lo que suelen; la gente enterada
de la verdad, por lo que de aquí escriben á
todo el mundo personas tan imparciales co-
mo lo son naturalmente los cónsules y co-
merciantes extranjeros, verán hasta donde
llega el espíritu de la mentira en los labo-
rantes, y estos serán el hazme reír de las ter-
tulias. Esto sentado, vamos á las noticias de
El Sol Verde, que son frescas y gordias.

Dice *El Sol Verde* que se ha jurado en las
Cortes Constituyentes haber mandado á Cu-
ba 70,000 hombres.

Todos los periódicos del mundo han copia-
do las palabras del general Prim, segun las
cuales, son treinta y tantos mil hombres los
que desde lo de Yara han venido á Cuba; es
decir, la mitad de lo que dice *El Sol Verde*.

¿Qué harán, pues, en Veracruz
Con gente tan embustera?
Claro, en viendo un avestruz
Que así pugna contra el *Vera*,
Tendrán que hacerle la *Cruz*.

Dice *El Sol Verde* que Céspedes y Figue-
redo han dado libertad á 570 esclavos de su
propiedad.

Y bien, Céspedes es el que, yéndose á la
Manigua, se ha libertado de la persecucion
de 570 ingleses que le tenían acosado. Si los
redactores de *El Sol Verde* cobran el dinero
de Aldama por contar las cosas al revés de
la verdad, bien ganan lo que cobran, y si no
es así, vuelvan lo que hayan cobrado, que
buena falta le vá haciendo lo que aflojó has-
ta hoy

A ese á quien dan tanto mico,
Que por tonto y por infiel,
No es ya D. Miguel el rico,
Sino el pobre D. Miguel.

«Dice *El Sol Verde* que se confirma la ba-
talla de Las Tunas y el completo triunfo de
los liberales contra el enemigo. Como los lla-
mados liberales son los insurrectos, que tu-
vieron que retirarse de Las Tunas corriendo
como de costumbre, dejando la ciudad en
poder de nuestros soldados que la conservan,
no se quejarán los vecinos de Veracruz de

las disposiciones que para solazar sus tertu-
lias van mostrando los laborantes de allende.
Entre tanto, bien podia el periódico que á
tales gracias se ha dado adoptar, en parodia,
un famoso lema de otro colega célebre, de
este modo:

«Pues para mentir estoy,
Si daros es mi deber
Hoy mas mentiras que ayer.....
Mañana daré mas que hoy»

Dice *El Sol Verde* que Quesada derrotó al
General Puello, á causa de unas minas que
tenia preparadas, y á cuya explosion voló
parte de la columna que nuestro general
mandaba.

Hombre, aquí no se sabe de mina alguna
que haya inferido daño alguno á nuestros
soldados. Solo se sabe de una mina de oro
acañado que tenia Quesada, y cuyas arenas
auríferas, en forma de monedas, habian sali-
do del bolsillo, no solo de algunos españo-
les indefensos, sino de los mismos mambises
á quienes Quesada iba saqueando.

Es, pues, la mina indicada,
La pecunia que ha robado,
El ladron desorejado
Que se apellida, Quesada.
Mina que ha sido encontrada,
Y tal cisco ha levantado,
Que hasta se irritó el malvado
Céspedes, contra Quesada.
Por esa barrabasada,
Que *El Sol Verde* ha trastocado,
Céspedes, incomodado,
Quitole el mando á Quesada.
Conque así, cosa es probada
Que la mina ha reventado;
Pero á quien ha fastidiado
Es al minero Quesada.

Dice *El Sol Verde* que *El Cronista* de
Nueva York y *La Voz de Cuba*, han mani-
festado que no fué nada feliz la idea de man-
dar construir las cañoneras.

No podemos conservar en la memoria todo
lo que los citados colegas han escrito; pero
nos parece que esos colegas no habrán dicho
nunca lo que dice *El Sol Verde*, y lo creemos
así, no solo porque hacemos justicia al crite-
rio de nuestros amigos, sino por ser los la-
borantes los que lo dicen:

Pues euanto al orbe traspira
Como rumor importante,
Basta ya, si bien se mira,
Que lo diga un laborante,
Para que salga mentira.

Dice *El Sol Verde* que en Matanzas hay
grande alarma, ¡que la poblacion de Remedios
está sitiada por ¡ochó mil insurrectos! ¡Que
Goyeneche ha sido derrotado en Sancti-Spi-
ritus! ¡Que Adolfo Cavada se presentó en
Cienfuegos, donde obligó á nuestras tropas á
guardecarse tras de los últimos atrinche-
ramientos, detras de la Plaza de Armas,
mientras los cubanos se apoderaban de la
ciudad, desde la una de la tarde hasta la pue-
sta del Sol, en cuyo tiempo los tales cuba-
nos cogieron 9 cañones de á 24 y 2000 fusi-
les.....!!!!

¡Ah! Está visto. Aldama, Fesser y otros pa-
ganos de la tribu trapalera, emplean bien su
dinero, si lo qué desean es que en los periód-
cos por ellos subvencionados se luzca la inven-
tiva de los de su escuela. ¿Por qué no han de
empobrecerse para tener la satisfaccion de ver
impresas cosas tan raras como las que escri-
ben todos los periodistas anti-españoles? Por
qué esos periodistas no han de ser protegidos,
cuando tanto hacen por divertir al mundo?

Es justo, vive Dios, que les halaguen
Con oro y plata por mentir tan recio;
Si señor, pues por mucho que les paguen,
Ellos (para mentir) no tienen precio.